aunque nunca han sido los bastidores escuela de moralidad, es consolador para la gloria del arte afirmar que no han escaseado en ellos mujeres dignas y hombres honrados. Esta errada creencia aumentó el número de pretendientes de María, que esperaban hallar en ella una fácil conquista; y los celos de Cebada se alarmaron, hasta el punto de abofetear á la actriz en el vestuario una noche en que la vió recibir de manos del marqués de C*** un precioso ramillete. Entonces María hizo entender á su amante que estaba resuelta á recobrar su libertad y que desde ese día iba á habitar en casa de una amiga.

IV

Existía por aquellos años, en mitad de la calle de las Mantas, una casa de dos pisos con ínfulas de callejón, casa que conocimos convertida en fonda y posada, y que hoy, gracias á la influencia del buen gusto, forma los elegantes almacenes de Lynch y Ortiz. La casa, de mezquina apariencia, la constituían dos hileras de cuartos con una temblona escalera al fondo que guiaba á unas habitaciones altas, donde, con la holgura de una reina en su palacio, residía la más salerosa andaluza que hasta entonces hubiera pisado las orillas del Rimac.

Paca Rodríguez era una garrida muchacha de veinte eneros, con unos ojos del color del mar, decidores como una tentación y hermosos como la luz. Su tez era un poco morena y fresca como el terciopelo del lirio, y sus labios encendidos estaban sombreados de ese bozo, imperceptible casi, que revela la organización vigorosa de una mujer. Para completar el retrato de Paca digamos que su cuerpo era ágil, esbelto y que respiraba voluptuosidad, gracia y soltura por todos sus poros. Siendo ella bailarina, nos hallábamos obligados á poner al descubierto sus torneadas piernas; pero si hemos de hablar, lector, en puridad de amigos, creemos que mejor es no meneallo y que, pasándolas por alto, te libertamos de un pecado venial.

Pero á pesar de lo picaresco de sus ojos, Paca pertenecía á las nobles excepciones de las mujeres de teatro, en lo que nuestra pluma de cronista se da la enhorabuena. ¡Líbrela Dios de verse impelida de sacar á la vergüenza á las Magdalenas de bastidores! Los apasionados de la bailarina decían, á voz en cuello, que era incapaz de ser razonable y darse á partido, porque tenía la tonta debilidad de estar enamorada de su marido, el actor bufo Rodríguez, el cual hace más de veinte años que murió ejemplarmente en la hermita del Barranco, próxima á Chorrillos. Su memoria no es olvidada aun por los que, hombres ya, recordamos que él supo deleitar nuestra edad de rosa, arrancando no pocas sonrisas á los labios del niño.

Decíamos que Paca traía al retortero y desesperados á un enjambre de galanes. Sin dejar de ostentar esa festiva locuacidad ingénita al carácter andaluz, jamás otorgó una esperanza ni dió motivo para que se la tildase de coqueta. Que una mujer decante virtud porque no ha tenido ocasión de ponerla á prueba, es cosa que se encuentra al torcer cada esquina, y para nosotros es una virtud hechiza y de poca ley. La que no esquiva el peligro y sale de la lucha inmaculada es, perdónese nuestra opinión en gracia de la franqueza, la mujer de virtud real. Convengamos en que la de Paca era una virtud sólida, á prueba de oro y de ataques nerviosos, con lo cual está todo dicho.

Las preocupaciones sociales, por otra parte, en una época en que todavía estaban calientes las cenizas de la hoguera inquisitorial y cuando se creía que el cómico era un excomulgado indigno de sepultura eclesiástica, hacían de las mujeres consagradas al teatro corazones quebradizos como el barro y sin más religión que la vida sensual. Una mujer de teatro se miraba entonces como una alhaja á la que el capricho, la moda y la vanidad dan precio. Era plato de ricos como el pavo trufado y las costillas de conejo. Paca huyendo de ese gazofilacio de prostitución y vicio, junto al que el destino la colocara, se arrojaba todas las semanas á los pies de un sacerdote que, bastante ilustrado para no rechazarla, la fortificaba con sus consejos y la brindaba los consuelos del cristianismo. Y la esperanza le tendía sus brazos y el amor de la esposa al esposo salvaba su honra de la calumnia.

Tal era Paca la bailarina, ángel que en medio del lodazal supo conservar la blancura de sus alas. Tal era la honesta mujer que abrió las puertas de su casa á la infeliz María.

V

Era el 2 de agosto de 1814 y el pueblo se dirigía en tropel á la Alameda de los Descalzos (fundada en 1611), que no ostentaba el magnífico jardín enverjado ni las marmóreas estatuas que hoy la embellecen. Calles de sauces plantados sin simetría, algunos toscos bancos de adobes y una pila de bronce al costado del conventillo de Santa Liberata constituían la Alameda, que sin embargo de su pobreza, era el sitio más poético de Lima. Contémplanse desde él las pintorescas lomas de Amancaes; el empinado San Cristóbal, cuya forma hizo presumir que encerrase en su seno un volcán, y el pequeño cerro de las Ramas, donde contaban las buenas gentes que solía aparecerse el diablo, en cuya busca subió más de un crédulo desesperado. Y en el fondo de la Alameda, como invitando al espíritu á la contemplación religiosa, severo en la sencilla arquitectura

de su fachada y misterioso como el dedo de Dios, se destaca el templo de la recolección de los misioneros descalzos, fundada en 1592 por el hermano lego fray Andrés Corzo.

Ni la iglesia ni el convento con su espaciosa huerta, que mide más de cinco fanegadas, ofrecen gran cosa que admirar. En uno de los claustros están la celda que durante algún tiempo ocupó San Francisco Solano, que fué el primer guardián que tuvo el convento, y la que en 1830 habitara el padre Guatemala, que murió en Ica, nueve años más tarde, en olor de santidad. En la portería y bajo un lienzo que representa el misterio de la Concepción de la Virgen, se leen estas palabras apenas comprensibles para los profanos en teología:

Potuit,
Decuit,
Ergo fecit.

¿Pudo el Omnipotente
á su Madre preservar?
Hízolo: era muy decente.
O quiso y no pudo Dios,
ó pudo Dios y no quiso.
Si quiso y no pudo, no es Dios;
ni hijo, si pudo y no quiso.
Digan, pues, que pudo y quiso.

Aquella tarde tenía lugar la fiesta de la Porciúncula, y desde las doce de la mañana estaban ocupados los bancos por esas huríes veladas, que la imitación de costumbres europeas ha desterrado —hablamos de las tapadas.—¡Dolorosa observación! La saya y manto ha desaparecido llevándose consigo la sal epigramática, la espiritual travesura de la limeña. ¿Estará condenado nuestro pueblo á perder de día en día todo lo que lleva un sello de nacionalismo?

La portería del convento estaba poblada de gente pobre, que recibía de manos de un lego escudillas de comida. ¡Verdadero festín de mendigos en que hacía el gasto la caridad cristiana! También la clase acomodada, hermosas mujeres y elegantes donceles, se acercaba á pedir al fraile un trozo de pan bendito. Y no se diga que era el sentimiento de la humildad que encomia el evangelista el que los guiaba, sino la costumbre y la imitación. Allí para nada entraba el sentimiento religioso.

Entre la apiñada multitud se veía una linda joven, sencillamente vestida de negro, que ayudaba á los legos á repartir las viandas y socorría con pequeñas limosnas de dinero á los mendigos. Un hombre, que se hallaba confundido entre los grupos de curiosos, la miró fijamente y murmuró:

—¿No es aquélla la Paca? ¿Y ha venido sola?.... Esto quiere decir que María ha quedado en la casa y podré verla sin testigos.

Y aquel hombre, embozándose en su larga capa española, salió de la Alameda con paso precipitado. Quien se hubiera entonces fijado en sus ojos, habría leído en ellos un pensamiento siniestro.

De pronto se encontró detenido por un vendedor de suertes.

—¡Patrón! Este número me queda—le dijo el suertero, que para servir á usarcedes era el honrado *Chombo*, el decano de este gremio de vendedores de billetes de lotería, á quien todos los limeños conocemos.

Chombo es un pobre viejo que, como el jorobadito Lumbreras, no ha sabido en su vida sino *asentar* suertes. Cuenta hoy más de setenta años; y Chombo á imitación de Ashavero, sentenciado por la justicia divina á errar sobre la tierra hasta el fin de los siglos, está condenado por la fatalidad á vender billetes de lotería hasta que se acabe el pábilo de su vida.

El embozado, al sentir que le hablaban, pareció volver de una idea que lo preocupaba, y contestó con acento reconcentrado:

—Una suerte..... ¡Ah!.... Ponga usted..... *para hacer bien por el alma de una que va á morir.*

Chombo lo miró asustado; y á la postre, echando cuentas consigo mismo, escribió el mote que le dictaban, cobró, entregó el respectivo billete, y el hombre de la capa se alejó á buen paso.

VI

Melancólica como la predestinación estaba aquella tarde María en las habitaciones de Paca, recostada en un canapé de terciopelo. Tristes pensamientos dominaban su alma, y acaso entre ellos iba alguno consagrado á la mujer que la llevó en su seno y cuya ternura había olvidado seducida por los halagos de un hombre.

Desde que María se acogió al amparo de su amiga, Cebada no omitió súplicas ni extremos para obligarla á reanudar un lazo que su cobarde imprudencia había roto. Pero mientras más rogaba él, más crecía la negativa de su querida; que achaque de mujer ha sido siempre desdeñar al que se humilla. Esa tarde María permaneció inalterable, como la fatalidad, á las amenazas y ruegos, hasta que su amante, en un arrebato de desesperación, exclamó: «Pues bien, María, si no has de pertenecerme, no quiero que ningún hombre llegue á poseer tu belleza.»

Y seis veces clavó su puñal en el cuerpo de la desventurada joven ....

Tres días después circulaba este soneto en honor de María Moreno, y

que es atribuído á D. Bernardino Ruiz, literato de esa época en que brillaban D. Hipólito Unánue, Valdez y el festivo clérigo Larriva.

«Lloren las musas con acerbo llanto
el desgraciado fin de la que un día,
á Melpomene grata y á Talía,
de nuestra escena fué lustre y encanto.
Su primor y despejo pudo tanto
para darla opinión y nombradía,
que el culto espectador ya se creía
pasar desde el placer hasta el espanto.
En la flor de su edad encantadora,
osó en vano apagarle su luz pura
y el sepulcro le abrió mano traidora.
Pues, por vengarla, de esta losa dura
labró el genio un altar en donde mora
el talento, la gracia y la hermosura.»

El soneto no es, en verdad, la octava maravilla; pero lo consignamos á guisa de comprobante histórico.

VII

Rafael Cebada, después de perpetrar el asesinato, tomó asilo en el convento de los descalzos. Grande fué la sensasión que su crimen produjo en los habitantes de Lima, que reclamaban el pronto castigo de quien con tanta crueldad había dado muerte á la actriz favorita del público. Pero los días volaban, y no se habría alcanzado á descubrir el paradero del asesino sin una circunstancia providencial.

Recordará el lector que Cebada, pocos momentos antes de penetrar en casa de Paca, compró un billete de lotería. Cinco días después hízose la extracción, y el billete resultó agraciado. Cebada mandó llamar con un lego del convento á su amigo el actor Manuel García y le entregó el número, encargándole el cobro de la suerte. El infeliz soñaba proporcionarse con ese dinero los precisos recursos para huir de Lima.

Los amigos se parecen á las navajas de barba: sale una buena entre diez.

García se dirigió sin vacilar á casa de D. Juan Bautista de Lavalle y le denunció el asilo de Cebada, de donde fué extraído después de largas tramitaciones y formal resistencia del prelado.

D. Juan Bautista de Lavalle fué el primer alcalde ordinario que tuvo Lima por elección del pueblo. La Constitución dictada por las Cortes es-

pañolas en 1812, otorgó á las colonias esta liberal prerrogativa. Encomendada la causa al Sr. de Lavalle, éste desplegó gran celo y actividad para su pronta terminación; y cuatro meses más tarde la Real Audiencia aprobaba y mandaba ejecutar la sentencia. Vanos fueron los argumentos que en su favor expuso el reo, á quien por primera vez en Lima se permitió hablar ante los tribunales. La conciencia pública, en la que domina una mayoría de partidarios de la ley del talión, exigía el castigo del asesino; y cuando se temió que la influencia y el indisputable talento de D. Jerónimo Vivar, abogado chileno y defensor del reo, hicieran vacilar á los jueces, empezaron á aparecer pasquines en las fachadas del cabildo y del palacio. He aquí uno de ellos:

«¿Sabes qué harán con Cebada?
¡Nada! ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada!»

La defensa de Vivar, que corre impresa, basta por sí sola para formar la reputación literaria de un hombre. Es una pieza elocuente y galana en la forma.

Copiemos otro de los pasquines que tuvimos la fortuna de hallar en el curioso archivo del Sr. Odriozola:

«Si una traición desvelada
contra inocencia dormida
en tiempo no es castigada,
muy lejos de arrepentida
siempre quedará..... cebada.»

En el mismo sitio en que apareció el anterior, los amigos del reo, para despertar la clemencia de los jueces, colocaron otra quintilla de iguales consonantes:

«La justicia desvelada
por la inocencia dormida,
no quiere sea castigada
la culpa, si arrepentida
puede quedar no cebada.»

Y por fin en la pared de uno de los corredores de palacio se leía este pareado, escrito con carbón:

«¡Abascal! ¡Abascal!
Si ahorcas á Cebada te irá mal.»

Cuentan que la última comedia que representara Rafael en nuestro coliseo fué la titulada *El juez compasivo*, y que aludiendo á ella el señor

de Lavalle, al tomar al reo la declaración instructiva le dijo: «Vengo á representar, á la de veras, el último papel que hizo usted en el teatro.»

VIII

La espléndida defensa de Vivar, unánimemente aplaudida, no alcanzó á torcer la disposición de la ley ni á disminuir en el pueblo la odiosidad contra el amante de María Moreno, que al cabo fué puesto en capilla el jueves 26 de enero de 1815. El 28 á la una del día salió de la cárcel resignado y valiente.—Fué el segundo y el último á quien el verdugo dió en Lima muerte de garrote.

IX

Cuando el gentío empezó á despejar la plaza, el sacerdote que había acompañado al reo se bajó la capucha, se arrodilló ante el cadáver y principió á amortajarlo murmurando: «¡Pobre Rafael! Tu sueño de Salamanca fué la revelación de tu destino..... Se ha cumplido para los dos..... ¡Estaba escrito!»

Aquel religioso se llamaba fray Antonio Espejo. (1866)

DOS MILLONES

El 16 de julio de 1826 fué día de gran agitación en Lima y el Callao. Por todas partes se encontraba grupos en animada charla. No era en verdad un cataclismo ni un gran acontecimiento político lo que motivaba esta excitación, sino la noticia de haber desaparecido del fondeadero el bergantín inglés *Peruvian*, cargado con dos millones de pesos en oro, barras de plata y moneda sellada.

El buque debía zarpar en ese día para Europa; pero su capitán había ido la víspera á Lima á recibir las últimas instrucciones de sus armadores, permitiendo también á varios de los tripulantes que pasasen la noche en tierra.

En el *Peruvian* se encontraban sólo el piloto y seis marineros, cuando á las dos de la madrugada fué abordado por una lancha con trece hombres, los que procedieron con tal cautela y rapidez, que la ronda del resguardo no pudo advertir lo que acontecía. Inmediatamente levaron ancla, y el *Peruvian* se hizo á la vela.